

PRÓLOGO

Yo era joven, pasaba hambre, bebía, quería ser escritor. Casi todos los libros que leía pertenecían a la Biblioteca Municipal del centro de Los Ángeles, pero nada de cuanto me caía en las manos tenía que ver conmigo, con las calles, ni con las personas que me rodeaban. Me daba la sensación de que todos se dedicaban a hacer juegos de prestidigitación con las palabras, que aquellos que no tenían prácticamente nada que decir pasaban por escritores de primera línea. Sus libros eran una mezcla de sutileza, artesanía y formalismo, y era esto lo que se leía, se enseñaba en las escuelas, se digería y se transmitía. Era un invento cómodo, una Logocultura ingeniosa y prudente. Había que volver a los autores anteriores a la Revolución Rusa para encontrar algo de aventura, un poco de pasión. Había excepciones, pero eran tan escasas que se agotaban rápidamente y uno se quedaba sin saber qué hacer ante las filas interminables de libros insípidos. A pesar de todo lo que podía haberse aprendido en los siglos precedentes, los autores modernos no eran lo que se dice muy hábiles.

Cogía de las estanterías un libro tras otro. ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué no alzaba nadie la voz por encima de la de los demás?

Probé en las distintas secciones de la biblioteca. La sala de religión me pareció un páramo tan vasto como inútil. Fui

a la de filosofía. Di con un par de alemanes resentidos que me estimularon una temporada, hasta que los olvidé. Probé con las matemáticas, pero las matemáticas superiores no se diferenciaban de la religión: no me afectaban en absoluto. Lo que yo buscaba no se encontraba al parecer en ninguna parte.

Probé con la geología, y al principio sentí cierta curiosidad, pero a la postre me resultó insustancial.

Descubrí ciertos libros sobre cirugía y me gustaron los libros sobre cirugía: las palabras eran nuevas y maravillosas las ilustraciones. En concreto, me gustaron y memoricé los detalles de las operaciones del mesocolon.

Al final abandoné la cirugía y volví a la gran sala abarrotada de autores de novelas y cuentos. (Cuando tenía tintorro en abundancia no iba por la biblioteca. Una biblioteca era un lugar estupendo para pasar el rato cuando no se tenía nada de comer o de beber y cuando la dueña de la casa le perseguía a uno con los recibos atrasados del alquiler. En la biblioteca, por lo menos, se podía ir al lavabo sin problemas.) Vi muchísimos compañeros de vagabundeo allí, y casi todos dormidos sobre el libro abierto.

Seguí recorriendo la sala general de lectura, cogiendo libros de los estantes, leyendo unas cuantas líneas, unas cuantas páginas, y dejándolos en su sitio a continuación.

Pero cierto día cogí un libro, lo abrí y se produjo un descubrimiento. Pasé unos minutos hojeándolo. Y entonces, a semejanza del hombre que ha encontrado oro en los basureros municipales, me llevé el libro a una mesa. Las líneas se encadenaban con soltura a lo largo de las páginas, allí había fluidez. Cada renglón poseía energía propia y lo mismo sucedía con los siguientes. La esencia misma de los renglones daba entidad formal a las páginas, la sensación de que allí se había esculpido algo. He ahí, por fin, un hombre que no se asustaba de los sentimientos. El humor y el sufrimiento se entremezclaban con sencillez soberbia. Comenzar a leer

aquel libro fue para mí un milagro tan fenomenal como imprevisto.

Tenía tarjeta de lector. Rellené la hoja del servicio de préstamo, me llevé el libro a casa, me tumbé en la cama, me puse a leerlo y mucho antes de acabarlo supe que había dado con un autor que había encontrado una forma distinta de escribir. El libro se titulaba *Pregúntale al polvo* y el autor se llamaba John Fante. Tendría una influencia vitalicia en mis propios libros. Acabé *Pregúntale al polvo* y busqué más libros de Fante en la biblioteca. Encontré dos: *Dago red* y *Espera a la primavera*, *Bandini*. La calidad era la misma, se habían escrito con el corazón y las entrañas y no hablaban de otra cosa.

Sí, Fante tuvo sobre mí un efecto poderoso. Poco después de leer los libros que he citado conviví con una mujer. Estaba más alcoholizada que yo, sosteníamos peleas violentas y a menudo le gritaba: «¡No me llames hijo de puta! ¡Yo soy *Bandini*, *Arturo Bandini!*»

Fante fue para mí como un dios, pero yo sabía que a los dioses hay que dejarles en paz, que no hay que llamar a su puerta. Sin embargo, me ponía a hacer conjeturas sobre el punto exacto de Angel's Flight en que al parecer había vivido y hasta pensaba que a lo mejor seguía viviendo allí. Casi todos los días pasaba por el lugar y me preguntaba: ¿será ésa la ventana por la que se deslizaba Camila? ¿Es ésa la puerta de la pensión? ¿Es ése el vestíbulo? No lo he sabido nunca.

Treinta y nueve años más tarde he vuelto a leer *Pregúntale al polvo*. Quiero decir que lo he vuelto a leer este año y que todavía se sostiene, al igual que las demás obras de Fante, pero que éste es el libro que prefiero porque constituyó mi primer encuentro con la magia. Escribió otros libros, además de *Dago red* y *Espera a la primavera*, *Bandini*. Por ejemplo, *Plenitud de vida* y *Hermanos de vino*. En la actualidad está escribiendo otra novela, *Sueños de Bunker Hill*.

Al final, gracias a otras vicisitudes, he conocido al novelista este mismo año. Queda mucho por decir de la vida de John Fante. Una vida con una suerte extraordinaria, con un destino horrible y llena de una valentía tan natural como insólita. Es posible que se cuente algún día, aunque creo que a él no le gustaría que yo la contase aquí. Permítaseme decir, sin embargo, que en su forma de escribir y en su forma de vivir se dan las mismas constantes: fuerza, bondad y comprensión.

Es todo. A partir de este momento, el libro pertenece al lector.

CHARLES BUKOWSKI
5 de junio de 1979

Cierta noche me encontraba sentado en la cama de la habitación de la pensión de Bunker Hill en que me hospedaba, en el centro mismo de Los Ángeles. Era una noche de importancia vital para mí, ya que tenía que tomar una decisión relativa a la pensión. O pagaba o me iba: es lo que decía la nota, la nota que la dueña me había deslizado por debajo de la puerta. Un problema relevante, merecedor de una atención enorme. Lo resolví apagando la luz y echándome a dormir.

Cuando desperté por la mañana, me dije que tenía que hacer más ejercicio y comencé en el acto. Practiqué varias flexiones. Luego me cepillé los dientes, noté el sabor de la sangre, vi una mota sonrosada en el cepillo, me acordé de los anuncios y resolví bajar a la calle y tomar un café.

Fui al restaurante donde siempre iba cuando iba al restaurante, tomé asiento en un taburete que había ante el largo mostrador y pedí un café. Se parecía mucho al café, pero no valía el precio que se pagaba por él. Me fumé allí mismo un par de cigarrillos, leí los resultados de la Liga Americana de béisbol, pasé concienzudamente por alto los resultados de la Liga Nacional y comprobé con satisfacción que Joe DiMaggio seguía siendo un orgullo para Italia, ya que aún encabezaba la lista de mejores bateadores.

Una máquina de hacer tantos el DiMaggio. Salí del res-

taurante, me situé ante un *pitcher* imaginario y largué un pelotazo que se llevó por delante la barrera. Anduve luego por la calle, hacia Angel's Flight, preguntándome qué haría aquel día. Pero no había nada que hacer y por tanto decidí pasear por la ciudad.

Mientras recorría Olive Street, pasé ante una casa de vecindad sucia y amarillenta, todavía húmeda como un secante a causa de la niebla de la noche anterior, y pensé en mis amigos Ethie y Carl, ambos de Detroit, que vivían allí, y recordé la noche en que Carl había pegado a Ethie porque ésta iba a tener un niño y él no quería ningún niño. Pero lo tuvieron y no hubo más que hablar. Y recordé el interior de la casa, que olía a polvo y a ratones, y a las ancianas que se sentaban en el zaguán cuando el calor apretaba por la tarde, y a la anciana de piernas bonitas. También estaba el ascensorista, un individuo de Milwaukee que estaba hecho polvo y que ponía cara de burla cada vez que se le indicaba un piso, como si uno fuera un imbécil por querer ir a ese piso concreto, el ascensorista, que siempre tenía dentro del ascensor una bandeja con bocadillos y una revista barata.

Seguí bajando la colina por Olive Street y pasé ante las horribles casas de madera que apestaban a crímenes, y sin abandonar Olive, ante el Philharmonic Auditorium, recordé que había estado allí con Helen para oír los coros de los Cosacos del Don, que me había aburrido y que nos habíamos peleado por culpa de aquello, y me acordaba de lo que Helen llevaba puesto aquel día, un vestido blanco, y de que los riñones se me ponían en órbita cada vez que lo rozaba. Ay Helen, Helen..., aunque allí no, claro.

Así llegué al cruce de Olive con Fifth Street, donde los tranvías enormes destrozaban los oídos a causa del ruido que producían, donde el olor a gasolina hacía que las palmeras parecieran tristes y donde el asfalto negro seguía húmedo a causa de la niebla de la noche anterior.

Y así llegué también ante el Hotel Biltmore, ante la hilera

de taxis amarillos, en cuyo interior dormían los respectivos conductores, salvo el que estaba más cerca de la puerta principal, y pensé con asombro en aquellos sujetos y en su repertorio informativo, y me acordé de cuando Ross y yo hicimos una consulta a uno, que se sonrió con salacidad y nos llevó a Temple Street, precisamente a Temple Street, donde sólo encontramos un par de sitios muy desagradables; y de que Ross estuvo todo el tiempo arriba, mientras yo me quedaba en el salón, poniendo discos en la gramola, asustado y solo.

Pasé ante el portero del Biltmore, que me cayó gordo en el acto, con sus galones amarillos, su metro ochenta de estatura y toda la dignidad de que se rodeaba, y en aquel punto se acercó al bordillo un automóvil negro del que descendió un hombre. Parecía rico; acto seguido descendió una mujer, la mujer era una belleza, la piel que llevaba era de zorro plateado, era una melodía que cruzaba la acera y se colaba por la puerta giratoria, y me dije: Chico, quién pudiera estar un rato con ella, sólo un día y una noche con ella, un sueño, y yo seguí andando y el perfume femenino quedó en el aire húmedo de la mañana.

Luego estuve un rato interminable mirando el escaparate de un estanco y el mundo entero desaparecía salvo el escaparate ante el que me encontraba fumando todo el tabaco que veía, e imaginé que era un autor célebre, y llevaba en la boca una pipa de brezo italiano, muy chula, y en la mano un bastón, y salía de un coche negro imponente, y también ella estaba allí, la señora de la piel de zorro plateado, orgullosísima de mí. Nos inscribíamos, nos íbamos a tomar unos cócteles, luego a bailar, a continuación a tomar más cócteles y yo le recitaba unos versos en sánscrito, y el mundo era fabuloso, porque no pasaban dos minutos sin que alguna maravillosa mujer se me quedara mirando a mí, al autor célebre, y aunque lo único que pasaba era que le firmaba un autógrafo en la carta, la del zorro plateado se ponía muy celosa.

¡Dame algo tuyo, Los Ángeles! Ven a mí tal y como yo

voy hacia ti, con los pies en tus calles, ciudad preciosa a la que tanto amo, flor triste enterrada en la arena, ciudad preciosa.

Un día, el siguiente, la víspera, y la biblioteca con las estanterías llenas de compinches, el viejo Dreiser, el viejo Mencken, todos los muchachos estaban allí e iba a verles, Hola Dreiser, Qué tal Mencken, Hola, Hola: también para mí hay un sitio, comienza por B, en el estante de la B, Arturo Bandini, haced sitio para Arturo Bandini, un hueco para su libro, y me sentaba a la mesa y me quedaba mirando el sitio donde estaría mi libro, muy cerca de Arnold Bennett; no igual que Arnold Bennett, pero algo de lustre sí daría a los que estuvieran en la B, el bueno de Arturo Bandini, otro miembro de la banda, hasta que aparecía por allí una chica, el perfume se esparcía por la sala de libros de ficción y el taconeo de los zapatos interrumpía la monótona constancia de mi gloria. ¡Día de fiesta, delirios de fiesta!

Pero la dueña de la pensión, la canosa dueña de la pensión no hacía más que escribirme notas: era de Bridgeport, Connecticut, su marido había muerto, ella estaba totalmente sola en el mundo y no confiaba en nadie, no podía permitírselo, me lo dijo con estas mismas palabras, y también que yo tenía que pagar. Se acumulaba igual que la deuda nacional, tenía que pagar o marcharme, y pagar hasta el último centavo: cinco semanas a cuenta, veinte dólares, y si no, se quedaría con mis baúles; sólo que yo no tenía baúles, sólo una maleta, de cartón además, sin una maldita correa siquiera, porque la correa la tenía alrededor de la cintura, sujetándome los pantalones, lo que tampoco era demasiado servicio porque apenas tenía pantalones.

—Acaba de escribirme mi agente literario —le dije—. El de Nueva York. Me dice que le han aceptado otro; no me ha dicho dónde, pero me ha dicho que se lo han aceptado. Así que no se preocupe, señora Hargraves, no tenga miedo, le pagaré mañana o pasado.

Pero no podía creer a un embustero como yo. En reali-

dad no era una mentira; era un deseo, no una mentira, y quizás ni siquiera un deseo, tal vez un hecho consumado, y la única manera de saberlo era vigilar la llegada del cartero, observarlo con atención, revisar las cartas cuando las dejaba en la mesa del vestíbulo, preguntarle a bocajarro si había alguna para Bandini. Aunque después de seis meses en aquella pensión no tenía que preguntarle. Me veía llegar y siempre me hacía un ademán afirmativo o negativo con la cabeza antes de que le hiciera ninguna pregunta: no, tres millones de veces; sí, una vez.

Un día recibí una carta preciosa. Bueno, recibía montones de cartas, pero aquélla fue la única carta hermosa, y la recibí por la mañana, y decía (mi corresponsal me comentaba «El perrito que reía») que había leído «El perrito que reía» y que le había gustado; decía: Señor Bandini, si alguna vez ha habido un genio bajo el sol, ése es usted. Se llamaba Leonardo, un gran crítico italiano, sólo que no tenía ninguna reputación como crítico, no era más que un ciudadano de Virginia Occidental, aunque era grande, era crítico, y se murió. Ya estaba muerto cuando recibió la carta que le había mandado por avión a Virginia Occidental y fue la hermana quien se encargó de devolvérmela. La carta que me escribió la hermana también era preciosa, también ella era una crítica muy buena, me decía que Leonardo había muerto de tuberculosis, pero que fue feliz hasta el final, y que una de las últimas cosas que hizo fue sentarse en el lecho y escribirme sobre «El perrito que reía»: un delirio al margen de la vida, pero muy importante; Leonardo, muerto ya, un santo del cielo comparable a cualquiera de los doce apóstoles.

Todos los de la pensión leyeron «El perrito que reía», absolutamente todos: era una historia que podía provocar un patatús a cada página y por otra parte tampoco trataba sobre ningún perro: una historia inteligente, poesía estupefaciente. Y el genial editor, nada menos que J. C. Hackmuth, que firmaba igual que un chino y que me había dicho en una carta:

una historia soberbia y estoy orgulloso de editarla. La señora Hargraves la leyó y desde entonces fui otro hombre para ella. Tenía que quedarme en la pensión, no se me iba a echar al frío de las calles, aunque la temperatura subía a menudo de un modo alarmante, y todo ello a causa de «El perrito que reía». La señora Grainger, de la habitación 345, miembro de la Ciencia Cristiana (caderas estupendas, aunque algo mayorcita), oriunda de Battle Creek, Michigan, que se quedaba en el vestíbulo en espera de la muerte, y «El perrito que reía» la devolvió al mundo de los vivos, y la expresión que se le dibujó en los ojos me hizo comprender que había dado en el clavo, que yo también había dado en el clavo, aunque esperaba que me preguntase por mi situación económica, por cómo me iba, y después pensé por qué no le dices que te preste cinco dólares, pero no lo hice y me alejé chascando los dedos de fastidio.

La pensión se llamaba Alta Loma. Se había construido al revés en la falda de una colina, en lo alto de Bunker Hill, en sentido contrario a la pendiente del cerro, de suerte que la planta baja estaba al nivel de la calle, pero el piso décimo se encontraba diez pisos más abajo. Si se ocupaba la habitación 862, se entraba en el ascensor y se bajaba ocho pisos, y si se quería bajar al garaje, no había que bajar sino que subir al ático, al piso que estaba encima de la planta baja.

¡Quién pudiera estar con una chica mexicana! Casi siempre pensaba en ella, en mi chica mexicana. Jamás había estado con ninguna, pero las había a cientos en las calles; la Plaza y el barrio chino estaban hasta los topes de chicas mexicanas, y eran más según mi modo de ver las cosas, ésta, aquella y la de más allá, y algún día, cuando recibiera otro cheque, sería un hecho consumado. Se trataba de una aventura gratis en el ínterin y ellas eran princesas aztecas y princesas mayas, las hijas de los peones y mozos de mulas que podían verse por Grand

Central Market, en la iglesia de Nuestra Señora, y a las que, por verlas, incluso iba a misa. Era un comportamiento sacrílego, pero preferible a no ir a misa en absoluto, de modo que cuando escribía a mi madre, que vivía en Colorado, no tenía necesidad de mentirle. Mi querida madre: el domingo pasado fui a misa. En Grand Central Market tropezaba casualmente con las princesas a propósito. La situación me daba una oportunidad para hablar con ellas, sonreía y les pedía perdón. Hermosas muchachas, contentísimas cuando uno se conducía como un caballero y cosas así, cuando me limitaba a tocarlas y me llevaba el recuerdo del tacto a la habitación, donde el polvo se acumulaba sobre la máquina de escribir y Pedro el ratón se instalaba en su nido para contemplarme con sus ojos negros durante aquellas horas de ensueño y delirio.

Pedro el ratón, un ratón apacible aunque no domesticado y que no quería mimos ni que lo echaran de casa. Lo vi cuando entré en la habitación por primera vez, en mi periodo más fructífero, cuando «El perrito que reía» apareció en el número de agosto de la revista. Hacía ya cinco meses de aquel día, había llegado a la ciudad en autobús, procedente de Colorado, con ciento cincuenta dólares en el bolsillo y grandes proyectos en la cabeza. En aquella época tenía yo una filosofía. Amaba por igual a personas y animales, y Pedro no fue una excepción; pero el queso era caro, Pedro llamó a todos sus amigos, la habitación se llenó de ratones y yo tuve que desistir y darles pan. Pero no les gustaba el pan. Los había malacostumbrado y se marcharon a otros sitios, todos salvo Pedro el asceta, que se contentaba con roer las páginas de una vieja Biblia editada y distribuida por la Gideon Society.

¡Ah, aquel primer día! La señora Hargraves abrió la puerta de mi cuarto y hela allí, con una alfombra roja en el suelo, cuadros de paisajes ingleses en las paredes y una ducha empotrada. La habitación era la 678 y estaba en el sexto sótano, casi tocando la colina, de modo que tenía la ventana a

la altura de la ladera verde y no me hacía falta llave porque la ventana siempre estaba abierta. Por aquella ventana vi una palmera por primera vez, a dos metros apenas, y como es lógico me acordé del Domingo de Ramos, de Egipto y de Cleopatra, aunque la palmera tenía las ramas negruzcas, sucias a causa del monóxido de carbono que brotaba del paso subterráneo de Third Street, y el tronco escamoso estaba recubierto con el polvo y la arena procedentes de los desiertos de Mojave y Santa Ana.

Mi querida madre, solía decir cuando escribía a Colorado, Mi querida madre, todo marcha viento en popa. Hablé con el director de una revista muy importante, comimos juntos y hemos firmado un contrato para que me publique una serie de cuentos, aunque no quiero aburrirte con los detalles, queridísima mamá, porque sé que no te interesa la literatura, y sé que a papá tampoco, aunque de todos modos se trata de un contrato muy importante, si bien no entrará en vigor hasta pasados dos meses. Mándame pues diez dólares, madre querida, mándame cinco, madre del alma, porque el director de la revista (te diría su nombre, pero sé que estas cosas no te interesan) está dispuesto a lanzarme y a convertirme en figura de un proyecto muy ambicioso.

Mi querida madre y el estimado señor Hackmuth, el director de la importante revista, eran los destinatarios de casi todas las cartas que escribía, prácticamente los únicos destinatarios de mis cartas. El viejo Hackmuth, con su ceño fruncido y peinado con la raya en medio, el gran Hackmuth, cuya pluma era semejante a una espada: tenía su foto en la pared, una foto dedicada y con una firma igual que la de un chino. Hola, Hackmuth, le solía decir. ¡Dios mío, usted si que sabe escribir! Pero entonces llegaron los días de vacas flacas y Hackmuth comenzó a recibir mis cartas más prolifas. Dios mío, señor Hackmuth, me ha sucedido algo espantoso: se me ha ido la inspiración y ya no sé qué escribir. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que tendrá algo que ver con el clima

de este lugar? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que escribo igual que William Faulkner? Aconséjeme, por favor. ¿Cree usted, señor Hackmuth, que la sexualidad puede tener alguna relación con lo que me pasa?, porque, mire usted, señor Hackmuth, porque, porque, y se lo contaba todo a Hackmuth. Le conté lo de la rubia que conocí en el parque. Le conté cómo me la trabajé y cómo sucumbió. Le conté absolutamente todo, sólo que no era verdad, era una mentira más grande que una casa: pero, en fin, algo es algo. Se trataba de escribir, de mantenerme en contacto con la grandeza, y él me respondía siempre. ¡Chico, era un tío de primera! Me respondía a vuelta de correo, como un gran hombre que reacciona ante los problemas de un hombre de talento. Nadie recibía tantas cartas de Hackmuth, nadie salvo yo, y solía llevarlas encima, las leía una y otra vez y las besaba. Me detenía ante la foto de Hackmuth con los ojos arrasados de lágrimas y le decía que esta vez había encontrado algo bueno, algo grandioso, un individuo llamado Bandini, Arturo Bandini, yo.

Época difícil y de resolución. Es el término exacto, resolución: Arturo Bandini ante la máquina de escribir durante dos días seguidos, resuelto a ser algo grande; pero no sirvió de nada, el asedio más largo de su vida y con la más firme de las resoluciones, y ni una sola línea, sólo una palabra repetida a lo largo y ancho de la página, la misma palabra siempre: palmera, palmera, palmera, una guerra a muerte entre la palmera y yo, y ganó la palmera: ved cómo se mece en el aire azul, cómo cruje con dulzura en el aire azul. La palmera venció después de dos días de combate y yo salí por la ventana y me senté al pie del árbol. Pasó el tiempo, unos minutos, y me quedé dormido con un reguero de hormigas pardas correteándome entre el vello de las piernas.